



ENFOQUE

Cuando sube la bencina, sube el costo de vivir

Verónica Pizarro

Académica de la Facultad de Economía y Negocios, Universidad de Chile



Cada vez que sube la bencina, la conversación pública se centra, con razón, en el impacto inmediato en el bolsillo de las personas. Pero hay un efecto menos visible, aunque igual de relevante: cómo este aumento reconfigura los costos que sostienen la vida cotidiana de los hogares.

No se trata solo del gasto directo en combustible. La bencina es un insumo transversal en la economía. Cuando su precio

aumenta, no solo se encarece trasladarse al trabajo o llevar a los hijos al colegio. También suben los costos de transporte y distribución de bienes, lo que termina impactando en el precio de alimentos, servicios de delivery o incluso el transporte escolar. Es un efecto en cadena que muchas veces pasa desapercibido, pero que incide directamente en el día a día.

Desde la lógica de los costos, el proceso es claro: aumenta

el precio del combustible, se encarecen los costos de transporte, suben los precios de insumos y, finalmente, los valores se ajustan. Este traspaso no siempre es inmediato ni evidente, pero termina reflejándose en el supermercado, en los servicios y en múltiples decisiones de consumo. No es casual que el transporte sea uno de los componentes relevantes del IPC en Chile.

En los hogares, esto se traduce en una presión silenciosa. El presupuesto familiar, que ya suele estar ajustado, debe absorber estos incrementos. A diferencia de las empresas, los hogares no pueden subir precios para compensar estos costos. Solo pueden recortar gastos. Esto implica reducir consumos, postergar decisiones o modificar hábitos. Es, en la práctica, una reorganización forzada de su economía cotidiana.

Este impacto es aún más profundo en aquellos hogares que dependen del transporte para generar ingresos o que desti-

nan una mayor proporción de su presupuesto a movilidad, como ocurre en muchos sectores de menores ingresos o en regiones. En estos casos, el alza no solo afecta el consumo, sino también la capacidad de generar ingresos, estrechando aún más sus márgenes financieros.

Si bien existen mecanismos como el MEPCO que buscan amortiguar las variaciones más

Debuscas, es importante reconocer que no eliminan el problema. Atenúan las alzas, pero no evitan que el efecto acumulado termine presionando los presupuestos familiares.

Por eso, mirar el alza de la bencina únicamente como un problema de gasto es quedarse corto. Estamos frente a un fenómeno que impacta la estructura misma de costos de los hogares y que obliga a miles de familias a tomar decisiones complejas para sostener su bienestar.

Porque cuando sube la bencina, no solo sube el costo de moverse: sube el costo de vivir.